

"Adoración Verdadera"

Las Escrituras describen la adoración y revelan sus propósitos. La adoración glorifica y magnifica a Dios en nuestros corazones. En la adoración alabamos al Señor con nuestros labios y bendecimos Su santo nombre. La adoración ocurre cuando damos gracias a Dios por Sus bendiciones. En la adoración nos postramos ante nuestro gran Dios. En la adoración confesamos Su bondad y justicia con reverencia y asombro. Nos regocijamos cantando, enseñando y amonestándonos unos a otros. Escuchamos las palabras de Dios en las Escrituras. Recordamos la gracia de Dios en la entrega del cuerpo y la sangre de Jesús al comer el pan y beber el fruto de la vida cada día del Señor. Damos con alegría al Señor para apoyar la obra de Su iglesia.

Nos congregamos cada día del Señor, el primer día de la semana, para adorar al Señor, edificarnos mutuamente, y permanecer fieles y comprometidos con el Señor. Nuestras reuniones nos ayudan a tomar nuestra cruz cada día para seguir a Jesucristo y ser el pueblo de Dios. Ahora, Dios espera que Su pueblo se reúna, conforme a Hebreos 10:25, para que puedan “estimularnos al amor y a las buenas obras” (Hebreos 10:24).

Nuestra lectura de hoy viene del evangelio según San Juan, capítulo 4, versículos 20 al 24. Aquí tenemos a la mujer junto al pozo hablando con Jesús, pero también queriendo saber una respuesta. La mujer le dijo:

“Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar. Jesús le dijo: Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos. Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren.”

Estas son palabras de Jesús. Oremos juntos. Padre celestial, oramos que nos ayudes siempre a adorarte en espíritu y en verdad. A hacer conforme a Tu voluntad. A agradarte y a mostrarte nuestro amor y nuestra alabanza. Esta es nuestra oración en el nombre de Jesús, Amén.

Cuando adoramos a Dios, entramos en la presencia de Dios y le ofrecemos nuestros labios y nuestro corazón. ¿Has pensado en estar en la presencia de Dios? Puede asustarte. En Apocalipsis 1:17, Juan se encontró delante de Jesús y cayó a Sus pies como muerto. Puede que inquiete tu conciencia al recordar tus pecados. O puede consolarte. Sin duda, es un momento para decir “¡gracias!” a Dios. Espero que cuando vengas a adorar y alabarle, reconozcas la grandeza y santidad de Dios. La verdadera adoración comienza al reconocer dónde estamos y quién es el Dios Todopoderoso. Éxodo 15:11 dice: “¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad, terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios?” La adoración es un tiempo de reconocer la santidad de Dios.

Dios nos creó, nos da Su sabiduría en la Biblia, escucha nuestras oraciones y suplende nuestras necesidades. David escribió en el Salmo 103:1 al 5: “Bendice, alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre. Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios. Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias; el que rescata del hoyo tu vida, el que te corona de favores y misericordias; el que sacia de bien tu boca de modo que te rejuvenezcas como el águila.” Debemos prepararnos para adorar a Dios enfocándonos en Aquel a quien adoramos.

Segundo, debemos examinarnos a nosotros mismos y nuestras actitudes. ¿Estamos preparados para adorar? ¿Cómo nos ve Dios? Isaías nos habla de sí mismo en Isaías 6. Isaías entró al templo y estuvo delante del trono; vio a Dios alto y sublime. ¡Vio a Dios como santo, santo, santo! En el versículo 5, Isaías dijo: “¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos.” Cuando adoramos, somos personas que hemos pecado, buscando glorificar a un Dios, al Dios, que no conoce pecado, sino que es completamente santo.

El Salmo 29:2 dice: “Dad a Jehová la gloria debida a su nombre; adorad a Jehová en la hermosura de la santidad.” El Salmo 89:7 dice: “Dios temible en la gran congregación de los santos, Y formidable sobre todos cuantos están alrededor de él.” A menudo perdemos de vista la santidad de Dios y nos hemos vuelto irreverentes en nuestras reuniones, como si Dios fuera ordinario. Cuando tratamos a Dios como algo común, ¿no estamos siendo profanos en vez de reverentes? Temo que muchos han perdido el sentido de lo sagrado.

Pablo criticó a la iglesia en Corinto por su espíritu de división al participar de la Cena del Señor. Algunos estaban embriagados y otros pasaban hambre; se menospreciaban y avergonzaban unos a otros. La Cena del Señor fue diseñada para recordar el cuerpo de Jesús al comer el pan sin levadura, y recordar la sangre del Señor Jesús y lo que ofreció en la cruz al beber del fruto de la vid.

Sus mentes estaban en otra parte, así que Pablo les advirtió en 1 Corintios 11:27–31: “De manera que cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa. Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí. Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen. Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados.” También hoy debemos examinarnos al adorar a Dios, asegurándonos de que nuestros corazones y espíritus estén enfocados en lo que glorifica a Dios y en lo que Él desea.

Tercero, debemos preguntarle a Aquel a quien adoramos: “¿Cómo deseas ser adorado?” Algunos piensan que Dios debería estar satisfecho con lo que tengamos para ofrecer, pero las Escrituras nos presentan muchos ejemplos de adoración que no es aceptada por Dios. El hecho de que las personas crean estar adorando a Dios de manera adecuada no significa que Dios acepte su adoración. Isaías 55:8–9 nos recuerda: “Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.”

Génesis 4 revela el primer ejemplo de Dios aceptando una adoración y rechazando otra. Hebreos 11:4 dice: “Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó testimonio de que era justo, dando Dios testimonio de sus ofrendas; y muerto, aún habla por ella.” Génesis 4:5 dice que Dios no miró con agrado a Caín ni a su ofrenda. De alguna manera, Caín carecía de la fe que Abel demostró. 1 Juan 3:12 dice que las obras de Caín eran malas y las de Abel justas. No pensemos que Dios aprueba todo lo que hacemos. Él conoce nuestros corazones y cómo vivimos.

En Levítico capítulos 8 y 9, Moisés consagró a Aarón y a sus hijos como sacerdotes. Y diez veces dice que, mientras estaban en ese tabernáculo, hicieron “como Jehová lo había mandado.” Pero Levítico 10:1 y 2 dice: “Nadab y Abiú, hijos de Aarón, tomaron cada uno su incensario, y pusieron en ellos fuego, sobre

el cual pusieron incienso, y ofrecieron delante de Jehová fuego extraño, que él nunca les mandó. Y salió fuego de delante de Jehová y los quemó, y murieron delante de Jehová.” Ellos hicieron lo que el Señor no había mandado. Presumieron que podían inventar su propia forma de adoración. No podemos inventar cómo queremos adorar a Dios. Debemos escuchar el mandamiento e instrucción de Dios.

Aunque Saúl era rey, no escuchó al profeta Samuel en 1 Samuel 10 y verso 8. Samuel dijo: “Luego bajarás delante de mí a Gilgal; entonces descenderé yo a ti para ofrecer holocaustos y sacrificar ofrendas de paz. Espera siete días, hasta que yo venga a ti y te enseñe lo que has de hacer.” Pues bien, ¡Saúl desobedeció a Dios! 1 Samuel 13 versos 8 al 9 dice: “Y él esperó siete días, conforme al plazo que Samuel había dicho; pero Samuel no venía a Gilgal, y el pueblo se le desertaba. Entonces dijo Saúl: Traedme holocausto y ofrendas de paz. Y ofreció el holocausto.”

Pues bien, Samuel llegó justo cuando Saúl ofrecía el holocausto. Saúl intentó justificar su ofrenda diciendo en 1 Samuel 13:12: “Ahora descenderán los filisteos contra mí a Gilgal, y yo no he implorado el favor de Jehová. Me esforcé, pues, y ofrecí holocausto.” Samuel dijo a Saúl en el verso 13: “Locamente has hecho; no guardaste el mandamiento de Jehová tu Dios, que él te había ordenado.” Samuel más tarde le dijo a Saúl en 1 Samuel 15:22 al 23, allí la Biblia dice: “¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros. Porque como pecado de adivinación es la rebelión, y como ídolos e idolatría la obstinación. Por cuanto tú desechaste la palabra de Jehová, él también te ha desechado para que no seas rey.”

El Señor Jesús dijo en Mateo 6, verso 1: “Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos.” Ahora Él aplica esto a algunos judíos que tocaban trompetas cuando daban a los pobres, y que hacían oraciones largas y ruidosas en público, y que mostraban rostro triste cuando ayunaban. Pues hacían todo esto para aparentar ante los demás; debieron hacerlo en secreto. Y su recompensa vino de la alabanza de los hombres, pero perdieron la recompensa de Dios.

En Lucas 18:9 al 14 un fariseo y un publicano oraron a Dios. Oh, el fariseo le dijo al Señor cuán religioso era, pero no impresionó a Dios. El Señor Jesús dijo en Lucas 18:13 al 14: “Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido.”

En Mateo 15, algunos fariseos confrontaron y criticaron a Jesús por no guardar las tradiciones humanas de los ancianos al no lavarse las manos. Jesús respondió en Mateo 15:7 al 8: “¡Hipócritas! Bien profetizó de vosotros Isaías, cuando dijo: Este pueblo de labios me honra; Mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, Enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres.” Cuando las personas siguen tradiciones humanas y enseñan como doctrina los mandamientos de hombres, sus corazones están lejos de Dios y su adoración es en vano. Dios no acepta nuestra adoración cuando nuestras creencias y prácticas provienen de los hombres y no de Dios. Debemos preguntarnos sobre nuestra adoración y nuestras creencias: ¿vienen de Dios o de los hombres?

Puesto que somos cristianos, no vamos al Antiguo Testamento para aprender cómo debemos adorar. Vamos a las palabras de Jesús y Sus apóstoles que se encuentran en el Nuevo Testamento. No ofrecemos sacrificios de animales, no ofrecemos incienso, no guardamos el día de reposo, ni adoramos

con instrumentos musicales. Estas cosas eran para los que estaban bajo la Ley. Y Hebreos 10 verso 1 dice: “Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan.” Hermanos, estamos bajo el nuevo pacto ratificado por la sangre de Jesús y debemos seguir las palabras de Jesús enseñadas por los apóstoles.

Por esa razón, cantamos alabanzas desde nuestros corazones. Hebreos 13 verso 15 dice: “Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesen su nombre.” Colosenses 3:16 dice: “La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales.” Cantar palabras desde nuestros labios y corazones es lo que Dios desea. No estamos en el negocio del espectáculo sino en el de la adoración. Y no necesitamos instrumentos para acompañarnos. Son una adición humana que surgió muchos siglos después de que la iglesia fue establecida. La iglesia primitiva nunca usó instrumentos musicales en la adoración, porque no tenían autoridad de las Escrituras para hacerlo.

La iglesia primitiva se reunía el primer día de la semana para adorar según Hechos 20 y verso 7 y 1 Corintios 16 versos 1 y 2. Ahora, cuando Juan menciona el Día del Señor en Apocalipsis 1 y verso 10, está hablando del primer día de la semana, cuando las iglesias partían el pan participando de la Cena del Señor. Esa palabra particular “Señor” que se encuentra en 1 Corintios 11:20 se refiere a la Cena del Señor y en Apocalipsis 1:10 se refiere al Día del Señor. Es la misma palabra en ambos pasajes. Y así asociamos tomar la Cena del Señor cada Día del Señor; esta fue la manera en que la iglesia primitiva adoraba, participando de la Cena del Señor.

La iglesia del Nuevo Testamento se reunía cada primer día de la semana para cantar, orar, estudiar la palabra de Dios, participar de la Cena del Señor y contribuir a las necesidades de la iglesia. Debemos seguir ese patrón de adoración hoy en espíritu y en verdad para agradar a Dios. Sabemos que esto es lo que Dios quiere, porque tiene fundamento en el Nuevo Testamento. Mantengámonos en lo que sabemos que viene de Dios.

Oremos juntos. Padre Celestial, estamos agradecidos por Tu amor y agradecidos por el hecho de que nos has dado Tu palabra. Ayúdanos a amarte de tal manera que siempre guardemos Tu palabra y hagamos conforme a Tu voluntad para nuestras vidas. Esta es nuestra oración en el nombre de Jesús, Amén.

Juan 4:23 dice: “Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren.” Sí, Dios está buscando verdadera adoración en espíritu y en verdad de tu parte. Dios distingue entre la adoración verdadera y la adoración que no es genuina ni agradable para Él. Debemos adorar a Dios aceptablemente haciendo lo que Él nos instruye. El Señor Jesús dijo en Juan 4 y verso 24: “Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren.”

¿Has examinado tu propio espíritu cuando adoras? ¿Sale la alabanza, la gratitud y la adoración de tu corazón y por medio de tus labios? ¿Estás adorando de acuerdo con lo que Dios desea o de acuerdo con tus propios deseos? La adoración no es algo pasivo donde solo recibimos lo que otros hacen. La adoración debe venir de cada uno de nosotros. Nadie puede cantar por mí, escuchar la palabra de Dios

por mí, participar de la Cena del Señor por mí, ni hacer una ofrenda económica por mí. Nadie más puede sustituirnos. Dios busca verdaderos adoradores.

Más allá de eso, nadie más puede ponerse a cuentas con Dios por mí—ni mis padres ni mis hijos. Ahora, tengo que hacerlo yo mismo. Sin fe es imposible agradar a Dios (Hebreos 11:6); no puedo confiar en la fe de otras personas. Si no me arrepiento, pereceré (Lucas 13:3). Si no amo al Señor, seré anatema (1 Corintios 16:22). Si no confieso a Jesús, Él no me confesará delante del Padre (Mateo 10:32-33). Si no nazco del agua y del Espíritu en el bautismo, no puedo entrar en el reino de Dios (Juan 3:5). En el bautismo, Dios lava mis pecados (Hechos 22:16) y me hace Su hijo (Gálatas 3:26 y 27). ¿Has creído, amado al Señor, te has arrepentido, has confesado a Jesucristo y has sido bautizado en Cristo para el perdón de tus pecados? ¿Por que no responder hoy?